CAPÍTULO XIX.

San Agustin.

1.º San Agustin nació en Tagaste, poblacion de la Numidia, en África, el dia 13 de Noviembre del año 354. Fué su padre el gentil Patricio, hombre exclarecido por su posicion, pero de mal carácter y lleno de vicios. Su madre fué Santa Mónica, fué modelo de esposas por su resignacion y su prudencia, y modelo de madres por su piedad y cariñoso celo. San Agustin comenzó á estudiar en Tagaste. De aquí pasó á Madora, y más tarde á Cartago. En esta última ciudad se entregó por completo á la disipacion. Vivió encenagado en los vicios y mantuvo relaciones criminales con escándalo general. Tuvo un hijo natural, á quien llamó Adeodato. Dió este pruebas de poseer un clarísimo ingénio, pero murió en muy temprana edad.

San Agustin abrazó la secta de los maniqueos;

estudió sus impías máximas, y conoció y puso en práctica sus misteriosas fórmulas y abominables pensamientos. Esta secta, tan ridícula en sus principios teóricos, sólo podia atraer á San Agustin por la relajacion de su moral. Desde el momento en que el hijo de Santa Mónica pensó en apartarse de los vicios, se encontró separado por un abismo insondable de la heregía maníquea.

No necesitamos ponderar el ingénio de San Agustin. Los siglos pasan por encima de su nombre como la mano del artista por encima del diamante, aumentando más cada dia su explendor y brillantez. San Agustin abarcaba todas las ciencias humanas, y las comprendia todas. Su ingénio no se adaptaba á un sólo género de conocimientos; por el contrario, era universal y sobresalia en todo. Es metafísico y escritor de imaginacion; escribe con perfeccion la historia, y sobresale al propio tiempo en la literatura; es, en fin, de espíritu práctico como orador y hombre político, y á la vez de espíritu especulativo como anticuario. En ningun Santo Padre se halla un génio tan vasto, tan universal y tan brillante como en San Agustin. En su estilo hay algunos defectos. Es imposible no escusarlos teniendo en cuenta el siglo en que hablaba y la asombrosa precipitacion con que se veia obligado á escribir. Se muestra quizá harto inclinado á la alegoría, y emplea el antítesis con sobrada frecuencia. Su lenguaje, aunque siempre fluido, noble y lleno de agradable majestad, suele verse afeado con neologismos y giros que rechaza la pureza de la lengua latina. Pero aquí no hablamos de San Agustin como literato.

Este Santo Doctor, cuando empezó á meditar con calma y fria razon, no pudo ménos de disgustarse de la vanidad de las ciencias profanas. Leia á Ciceron y le disgustaba, porque no hallaba en sus páginas el nombre de Jesucristo, que con tanta dulzura invocaba su madre Santa Mónica. Lo cierto es que San Agustin habia visto y oido á los cristianos, conocia su doctrina, y poniéndola en parangon con la doctrina de los gentiles, no podia ménos de comprender cuán santa es la primera, y cuán horrible y cuán falsa es la última. San Agustin desempeñaba una cátedra de retórica en Milan. Su crédito era inmenso; pero el espíritu, la grande alma de San Agustin no podia reposar en un humo tan pasajero como los aplausos, ni quedar satisfecha con un estudio tan vano como el del arte de deslumbrar con sofismas y ridiculas sutilezas, que era lo que se conocia con el nombre de retórica en su siglo. Veia, por otra parte, que el mundo se salva con la doctrina de Dios, y se pierde y se degrada cuando solo confia en la estéril elocuencia de los hombres. San Agustin conocia profundamente la historia del imperio romano y de las repúblicas de Grecia, y sabia que las elocuentísimas filípicas de Demóstenes, y las admirables catilinarias de Ciceron, son siempre como el canto del cisne, dulces y melancólicos que jidos que se escapan al corazon de los pueblos cuando llegan al borde de la muerte. Los cicerones y los demóstenes no hacen más que escribir

con su elocuencia los epitafios que han de colocarse sobre la tumba de las naciones que los han aplaudido. San Agustin, pues, queria hechos útiles y no palabras estériles.

San Agustin habia esplicado retórica en Tagaste, en Cartago, y aun en Roma, antes de pasar á esplicarla á Milan por órden del prefecto Simaco. Esta profesion, sin embargo, como ya hemos indicado, le dejaba un vacío inmenso en su corazon.

Santa Mónica no habia dejado nunca de pedir al cielo la conversion de su hijo. Sus plegarias llegaron al Señor, y sus lágrimas ablandaron el corazon de Agustin. Además, este profundo ingénio tuvo la fortuna de oir en Milan la predicacion de San Ambrosio. No le disgustó primero, le agradó despues, y siempre conservó aquella preciosa semilla en su pecho. Por fin, la gracia de Dios dominó en su alma, abjuró sus errores, y el año 387, á los treinta y dos años de edad, en la festividad de la Páscua, fué bautizado por San Ambrosio. Desde aquel momento consagró su espíritu al Señor y renunció al mundo y á todas sus vanas pompas. Dejó el bullicio de la alta sociedad romana y volvió á Tagaste para vivir como en un desierto en el silencio y en la soledad, con ayunos y oraciones y derramando constantes lágrimas para pedir al Señor misericordia por sus culpas. El mismo San Agustin refiere la parte que tuvo en su conversion San Ambrosio. Respecto á Santa Mónica la llama dos veces madre, por haberle dado el sér natural, y por haber contribuido tan eficazmente á infundirle la vida de la gracia. No contento San Agustin todavía con lo que acabamos de indicar, vendió todos sus bienes y los distribuyó entre los pobres. Queria tener la gloria de ser verdadero pobre de Jesucristo para robustecerse más y más en la fé y escitarse en la práctica de la virtud. Formó una especie de comunidad religiosa con varios amigos que le rodeaban, les dió reglas de vida, y esto fué, por decirlo así, como la semilla fecunda de la órden célebre que aun se conserva con el nombre de San Agustin.

Los cristianos se llenaban de asombro al ver á San Agustin convertido en un apologista de la Iglesia. Tan temido era antes por su elocuencia y sus sofismas, que su arrepentimiento no pudo ménos de ser comparado con la conversion de San Pablo, á quien el Señor tornó en el camino de Damasco de perseguidor de los fieles, en vaso de eleccion y apóstol de las naciones. Esto se comprenderá mejor teniendo en cuenta que Simaco, el orador gentil, el enemigo de la religion cristiana, queriendo destruir el fruto de la predicacion de San Ambrosio en Milan, nombró profesor de retórica de aquella populosa ciudad á San Agustin. Esta eleccion prueba que el paganismo consideraba entonces á San Agustin como un gigante de fuerzas atléticas, el único capaz de resistir la poderosa elocuencia de San Ambrosio. Pero, jaltos juicios de Dios! San Agustin volvió de Milan como San Pablo de Damasco.

Pasado algun tiempo, fué San Agustin á Hipona, y á pesar de la fuerte resistencia que por su humildad oponia, lo ordenó de sacerdote Valerio, obispo de aquella ciudad. Al instante recibió el encargo de predicar el Evangelio á los fieles. Esta mision lo llenó de honra, porque hasta entonces era el primer sacerdote á quien se permitia predicar en África, pais en el cual por antigua y general costumbre, únicamente ejercian el ministerio de la predicacion los obispos.

San Agustin se habia ordenado el año 391, y en el 392 tuvo una conferencia pública acerca de la fé, y en ella confundió al orgulloso Fortunato, presbítero maniqueo. San Agustin conocia bien esta secta, y podia refutarla con más ventaja que nadie. En el mismo año hizo una exposicion brillantísima de la fé en un concilio celebrado en Hipona. Los obispos, al oirlo, se llenaron de admiracion, y acordaron poner la mitra sobre sus sienes. En otro concilio celebrado el año 395, fué San Agustin consagrado obispo, y recibió el encargo de auxiliar á Valero en el gobierno espiritual de la iglesia de Hipona.

El espíritu de San Agustin era universal, y como ya hemos dicho, apto para todo. Si se habia mostrado admirable en las cátedras y sapientísimo en los libros, aun más admirable y más sabio se mostró en el arte de gobernar, que es la más difícil y más peligrosa de todas las artes. Se cree generalmente que los hombres de las especulaciones científicas son ineptos para el gobierno. En San Agustin tuvo escepcion esta regla.

Muerto el obispo Valero, quedó convertido en único prelado de la diócesis de Hipona. Gobernó esta iglesia con grande celo, sumo tacto y grande aprovechamiento de las almas. Vivia rodeado de su clero y no se separaba de él ni aun en la mesa. Así conocia sus vicios y sus virtudes, y tenía ocasion de instruirlos y alentarlos en el camino de la santidad. San Agustin tenía una comida muy frugal. Sobre la mesa grabó una inscripcion latina, en la cual se advertia que no permitia de ningun modo la murmuracion. Los vestidos de San Agustin eran pobres, pero limpios y decentes. A los santos solitarios que se le presentaban con piés desnudos y traje mugriento, solia decirles con mucha gracia: «Observemos la caridad. Yo amo vuestro valor; sufrid vosotros mi debilidad.»

San Agustin trabajaba constantemente por convertir á los hereges, por alentar á los cristianos, por visitar á los enfermos y socorrer á los indigentes.

Se abstuvo de toda clase de tratos que no tuviesen relacion directa con el ejercicio de su ministerio. Solo así se comprende cómo podia multiplicar el tiempo para atender á todas las necesidades de su iglesia; instruir á su clero y á su pueblo; escribir á centenares cartas sobre la fé y la moral, y publicar tantas y tan importantes obras en defensa de la religion de Jesucristo. San Agustin además disputaba en conferencias públicas con los hereges, asistia á los concilios, y sostenia una lucha titánica contra los enemigos de la fé. Por su constancia, por su acierto y su penetracion adquirió los nombres de Aguila de la Iglesia y Doctor de la gracia.

El año 428 entraron los vándalos en África y pu-

sieron sitio á Hipona. San Agustin aconsejaba la resistencia, diciendo que era mejor defenderse que exponerse á mayores males, abandonando el territorio y exponiéndose á la persecucion. Viendo San Agustin que no podia impedirse la entrada de los vándalos en Hipona, le pidió al Señor que con la muerte lo librase de ver la profanacion de su Iglesia. El Señor escuchó sus ruegos. El dia 28 de Agosto del año 430. entregó San Agustin su alma á Dios á la edad de 76 años. Pocos meses despues, entraron los vándalos en Hipona y por respeto á la memoria del Santo no tocaron á su biblioteca, ni despedazaron sus obras, ni profanaron su cadáver. Los obispos católicos, expulsados por Trasamondo, rey de los vándalos, se llevaron á Cerdeña el cuerpo de San Agustin. Doscientos años despues, Luiprando, rey de los lombardos, trasladó esta preciosa reliquia de Cerdeña á la ciudad de Pavía que era entonces la capital de su reino.

Nada hemos dicho de la disputa célebre entre San Gerónimo y San Agustin, acerca del pasaje de la Sagrada Escritura, en que se indica que San Pablo resistió de frente, in faciem, á San Pedro. Solo queremos aqui advertir que no faltó la caridad en ninguno de los contendientes, ni hubo palabra alguna contraria á la fé en la disputa. Se trataba de una cuestion de hecho, y se examinó con buena fé, con mucha caridad, con amor á la verdad y deseo de acierto. Tanto San Agustin como San Gerónimo creian en el primado de San Pedro; no veian error dogmático ni moral en la infalible cátedra romana, ni hallaban espíritu

de rebeldía en la resistencia de San Pablo. Para comprender bien esta cuestion, conviene leer el libro importante que con el solo objeto de examinar la disputa entre San Pedro y San Pablo, publicó el eruditísimopadre Zacarías, tan famoso por sus obras contra los errores del jansenista Febronio.

En esta cuestion ha prevalecido en la Iglesia la sentencia de San Agustin. El mismo San Gerónimo se inclinó ante las razones del *Doctor de la gracia*. No exponemos aquí con minuciosos detalles la polémica á que aludimos, porque para ello sería preciso entrar en consideraciones que no son propias de este lugar.

2.º La edicion de las obras de San Agustin que tenemos á la vista, es la que hicieron en once tomos los benedictinos de San Mauro, desde 1679 hasta el año 1700. El discurso preliminar ó epístola dedicatoria de esta edicion, se debe á la excelente pluma del célebre escudriñador de la antigüedad, padre Mabillon.

El primer tomo de esta edicion, contiene las obras escritas por San Agustin, antes de ser sacerdote, con los libros de las *Retractaciones* y las *Confesiones*, que se consideran como preámbulo.

El segundo tomo, contiene las epístolas, colocadas por órden cronológico desde el año 386 hasta el año 440. Son 262 y encierran preciosos documentos para conocer la doctrina, los sufrimientos y las costumbres de la Iglesia en los primeros siglos.

En el tomo tercero se hallan juntos los tratados de San Agustin sobre la Sagrada Escritura. En el tomo cuarto se hallan los comentarios sobre los salmos.

En el quinto están coleccionados todos los sermones.

En el sexto se compilan las obras dogmáticas.

En el sétimo se inserta la *Ciudad de Dios*, que es la grande obra de San Agustin.

En el octavo están los tratados contra diversas heregías.

En el noveno solo se ven los tratados contra los donatistas.

En el décimo los que publicó San Agustin contra los pelagianos.

En el undécimo y último tomo se halla la vida de San Agustin, y una coleccion de memorias importantísimas para conocer la historia de las personas y de las cosas de aquellos tiempos, y poder entender muchos pasajes que parecen oscuros en las obras del Santo Doctor.

En esta coleccion, terminada en 1700, no se hallan, como es natural, los Sermones inéditos, encontrados recientemente en Monte-Camino y Florencia, y publicados en París en 1842 por el abad Caillau, en un tomo en fólio.

3.° Esta edicion, contiene todas las obras que se citan con el nombre de San Agustin. Sin embargo, como los críticos han suscitado dudas acerca de la autenticidad de algunas, es indispensable emitir acerca de este punto algunas observaciones. Desde luego se comprende, que atribuyéndose á San Agus-

tin mil treinta obras, contando en este número sus epístolas y sus sermones, no es creible que todas sean de igual autenticidad. Para seguir el órden lógico, haremos observaciones críticas acerca de las obras comprendidas en cada uno de los diez tomos de San Agustin. Del undécimo nada decimos, porque ya se sabe que se compone de obras y memorias escritas por los editores. La edicion de Lovaina invierte el órden en algo. Hélo aquí.

En el primer tomo existen los libros De Grammatica, Principia dialéctica, Categoria decem y Principia Rhetoricas que no son de San Agustin, segun la opinion más admitida entre los críticos. De las tres Reglas que se encuentran en este primer tomo, las dos primeras no son de San Agustin. La tercera, dirigida Ad Servos Dei, es de San Agustin, pero fué escrita para las mujeres, aunque por su título parece encaminada á los hombres. El libro De vita eremítica ad sororem, parece escrito en época posterior, puesto que en el cap. XIX se alude á la regla de San Benito, á la cual no se refería San Agustin.

Ya hemos dicho que en el tomo segundo se hallan las epístolas de San Agustin. Ahora debemos indicar las que no son suyas, aunque se citen en su nombre.

La epístola 178, en la cual se dá cuenta de una cuestion habida entre San Agustin y Parcencio, conde arriano, no es auténtica. Las diez y seis epístolas atribuidas á San Agustin y San Bonifacio, no deberian ocupar lugar ni aun en el apéndice en que se hallan. La epístola á la Vírgen Demétria, es de Pela-

gio y no de San Agustin, como ya hemos dicho en otra ocasion.

En el tomo tercero, en el apéndice, se halla el libro De Definitionibus Orthodoxæ fidei que es de Genadio de Marsella, segun dice el Papa Adriano I en la Epístola á Carlo-Magno. El libro De Fide ad Petrum diaconum fué escrito por San Fulgencio, segun dice San Isidoro, y repiten con él casi todos los críticos. Los tres libros De Mirabilibus Sacræ Scripturæ, segun la opinion del mismo Santo Tomás en la tercera parte, cuestion 45, art. III de la Summa Theológica, no son de San Agustin. Algunos atribuyen esta obra á San Marciano de Inglaterra. El libro De spíritu et anima no puede ser de San Agustin, puesto que se cita en él á Boecio que vivió 100 años despues. Santo Tomás atribuye esta obra á un escritor anónimo de la órden sisterciense. El tratado De Trinitate, está formado con extractos de las obras de San Agustin, pero no fué compuesto por él.

En el tomo cuarto hay tambien algunas obras que merecen ser calificadas por lo que atañe á su autenticidad.

Ante todo, es preciso convenir en que son de San Agustin los libros De la Continencia y De la paciencia. Aunque algunos críticos opinen de otra manera, su contrario parecer no tiene ningun valor, porque San Agustin los cita como propios en la Epistola ad Dassum Comitem. El libro De Viduitatis bono, tambien es de San Agustin. La opinion contraria de algunos críticos pierde toda su probabilidad ante la expresa

afirmacion de Posidio, amigo, contemporáneo y autor de la Vida de San Agustin y del Catálogo ó Iudiculo de sus obras. El libro de Octo Dulcitii quæstionibus es de San Agustin. El mismo Santo Doctor lo dice en el Lib. 2.º De las Retractaciones, cap. LXV. Por tanto, no debe hacerse caso de las dudas que se suscitan acerca de su autenticidad. El libro titulado Vigenti unius sententiarun, no tiene de San Agustin nada más que el cap. III, en el cual se copia al pié de la letra, aunque con algunas malignas alteraciones, la epístola AdLampadium. El libro titulado Quastionum dialogus no es auténtico. Parece ser un diálogo entre Osorio que pregunta y San Agustin que dá sus respuestas. No hay nada, sin embargo, ni de Osorio ni de San Agustin en esta obra. El libro titulado Quastionum Ueteris et Novi Testamenti lejos de ser de San Agustin es opuesto en muchos puntos á la doctrina de este Santo Doctor. Los dos libros De Deitati et Incarnatione Verbi, no son de San Agustin. El libro De Trinitate et Unitate Dei, tambien se considera como no auténtico. El libro De Esentia divinitatis es un mero extracto de una obra de San Euquerio, obispo de Lyon, de Francia. Por el contrario, aunque algunos lo hayan puesto en duda, es genuino el libro De Fide rerum invisibilium, por decirlo así expresamente el mismo San Agustin en la epístola Ad Darium Comitem. El Opúsculo De Substantia dilectionis, no es del Santo Doctor. El libro De Vera et falsa penitentia, se considera tambien como dudoso en su autenticidad. El libro De salutaribus documentis, está escrito por un

hombre de escaso ingenio. El tratado De Amitita se encuentra en el propio caso. Su autor dice en el capítulo VIII lo siguiente: Stultus fuit Paulus, qui voluit sine causa et solicitudine vivere. Estas palabras bastan para demostrar que el nombre de su autor no puede ponerse al lado del nombre de San Agustin.

En el tomo quinto se hallan los veinte y dos libros que componen la obra inmortal De Civitate Dei. De esta obra habla el mismo San Agustin en el Lib. 2.° De las Retractaciones, cap. XLIII, Algunos críticos ya que no pueden negar la autenticidad de ella, quieren sembrar dudas acerca de la integridad de su texto. Quieren por ejemplo, suponer que no es de San Agustin la exposicion que se encuentra en el Lib. 21, capítulo XXIV de las palabras del Evangelio, Non remittitur eis neque in hoc saculo, neque in futuro. Pero esta suposicion es ridícula. Otro escritor, de crítica más maligna que juiciosa, censura á San Agustin por lo que dice acerca de los milagros en el cap. VIII del libro último.

En el tomo 6.º se halla el tratado De hæresibus. No hay motivo ninguno para dudar de su autenticidad. San Agustin no habla de esta obra en el libro De las retractaciones, porque la escribió despues. El libro De hæresibus, se llama Opus imperfectum, porque murió San Agustin sin poder terminarlo. Debia tener dos partes: la historia de las heregías en la primera, y la refutacion en la segunda. San Agustin murió sin poder terminar esta última parte.

El libro titulado Concio ad Catechumenos contra ju-